

## Exploración espeleoarqueológica en La gruta de San Felipe, Tacotalpa, Tabasco

Roberto Porter Núñez, Presidente de la Sociedad Espeleológica de Tabasco

Luis Alberto Martos López, Director de Estudios Arqueológicos del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Cuenta la historia que en el año de 1918 una terrible pandemia de influenza española, la más mortal de cuantas hubo en el siglo XX, se propagó por el mundo entero; primero fue Europa, luego América y después Asia. En México la enfermedad segó la vida de miles de personas; ciudades y pueblos vieron reducida su población a menos de la mitad e incluso los sitios más remotos fueron diezmados por el mal. “Tal fue el caso de Puxcatán, – Me explico Cesar García Córdova, cronista del municipio de Tacotalpa –. Cerca de 150 hombres, mujeres y niños, buscando la salvación, se refugiaron en la gruta de San Felipe, pero fue en vano, ahí murieron atacados por el mal y sus esqueletos permanecen dentro de la caverna como un trágico recuerdo de ese acontecimiento”

Interesado en explorar la cavidad, contacté a las autoridades del Ayuntamiento de Tacotalpa y el apoyo fue inmediato; la licenciada Juana María Álvarez, Coordinadora de Turismo, y el mismo Cesar, fueron designados para auxiliarme con el permiso de visita, ya que por ser un lugar sagrado para los habitantes de Puxcatán, el acceso a la gruta estaba restringido.

Puxcatán es un pueblo de la etnia chol de los más antiguos de Tabasco que conserva tradiciones ancestrales, entre las que figura un gobierno propio con autoridades civiles y religiosas. Obtener el permiso tomé dos semanas y sirvió de mucho la mediación del señor Felino Jiménez Hernández, hombre de gran influencia en la comunidad.

Para la exploración me acompañaron Pedro Garcíaconde, Peter Lord, Ricardo Araiza y el geofísico Alfredo Aguilar. Por parte de la comunidad se ofrecieron como guías 4 jóvenes y el propio don Felino.

Fisiográficamente la caverna se localiza en el frente de la Provincia de la Sierra de Chiapas, en la Subprovincia de las Sierras Altas, en la culminación noroeste de la Sierra de Nava, que está constituida por rocas carbonatadas correspondientes a la Caliza Macuspana del Mioceno (20 millones de años), la cual fue depositada en un ambiente marino de plataforma interna.

Durante muchos años esta hermosa caverna ha sido escenario de rituales y ceremonias vedadas a los extraños. Por ello, al entrar en la oscura oquedad, nos sentimos privilegiados con la oportunidad concedida y rebosamos de expectación.

El recorrido empieza en una sala magnífica, decorada con estalactitas, cascadas, drapeados y espléndidas figuras de calcita que prestan a la gruta de San Felipe el aspecto de una catedral de la prehistoria, cuya bóveda está rematada por una imponente columna de 15 metros de alto. Y al decir catedral no es en sentido figurado; en el acceso, sala principal y sus alrededores, se observan entre los nichos de roca y al pie de formaciones calcáreas, veladoras, botellas con agua y velas dejados por los lugareños en sus actividades votivas.

En el trayecto hacia el interior vemos que la gruta se conserva en un estado prístino, lo que habla del cuidado que le prodigan los lugareños; espectaculares espeleotemas penden por todos lados y uno en especial, conocido como *la mazorca* sobresale por su grandiosidad y belleza, con protuberancias que reproducen los granos de maíz como si hubiesen sido cincelados por un diestro escultor.

Después de atravesar cuatro salas, cada una separada por igual número de desniveles, encontramos un verdadero mausoleo, porque solo así puede llamarse a semejante concentración de huesos humanos. No hay esqueletos completos como dijeron, pero sí costillas, tibias, fémures, vértebras, fragmentos de cráneos y toda clase de restos óseos a cuya vista la imaginación recrea un escenario dantesco.

Durante un instante contemplamos sobrecogidos el hallazgo y recordamos el viejo dicho de que *detrás de toda leyenda yace un atisbo de verdad*. La tradición oral sostiene que las víctimas fueron más de 100 y aunque haría falta un antropólogo físico para determinar su número con exactitud, estimamos que los restos corresponden cuando menos a 20 individuos, cantidad que ya es importante.

Lo que llama poderosamente la atención, es la disposición caótica de los huesos, que se encuentran amontonados y esparcidos en los lugares más insólitos; entre los huecos, sobre el piso de la caverna, encima de las concreciones y hasta debajo de ellas, formando un tétrico rompecabezas.

Llegar aquí no fue fácil ¿Porque murieron en este sitio y no cerca de la entrada? ¿En donde esta la ropa, el calzado y otros implementos que cabria encontrar? A pesar de no tener una respuesta lógica, lo que hasta ese momento habíamos visto superaba con creces todo lo imaginado.

*Allá abajo hay mas huesos* dice un guía, señalando un pasaje que desciende en abruptas pendientes.

Luego de una rápida desescalada llegamos a un segundo nivel en donde aparece un vaso de cerámica y un cráneo completo. Es el cráneo de un hombre adulto que alguien tomo de otro lado y coloco ahí. Al observarlo advertimos, no sin sorpresa, que la bóveda craneana esta alargada, tal y como acostumbraban deformarla los mayas del Clásico Tardío.

Seguimos por una rampa inclinada y en una cámara lateral encontramos cuatro cráneos más, todos deformados y con evidentes signos de fosilización. Como es de esperar, también aquí hay huesos dispersos pero mejor preservados, e incluso se aprecian diminutas cuentas de collares, conchas marinas y otros objetos. Para esos instantes ya no nos queda duda; estos vestigios pertenecen a una época anterior a la llegada de los españoles al continente Americano.

Los guías preguntan curiosos de que se trata todo aquello. Al explicarles que los restos son mucho más antiguos que lo que ellos creen, lucen desconcertados y sorprendidos. Mencionan que éste lugar es el mas profundo de la caverna al cual ellos han accedido y en adelante todo esta inexplorado.

Mientras Ricardo y yo fotografiamos los hallazgos, Pedro y Peter bajan a explorar un pozo. Los guías se abstienen de continuar, quizás por el temor reverencial que profesan al lugar.

A los tres metros de profundidad el pozo se reduce a un agujero que serpentea en la oscuridad, tan estrecho que por un momento Peter se ve tentado a dar marcha atrás. Sin embargo, como todo buen espeleólogo, no puede resistirse a ver que hay más allá y se introduce seguido por Garcíaconde.

Después de arrastrarse con grandes dificultades, ambos irrumpen en una cámara que al parecer jamás ha sido explorada, como lo prueba la arcilla intocada por siglos y las frágiles estalactitas que cuelgan del techo. Avanzan unos pasos y entonces su asombro no tiene límites; a un costado yace un esqueleto. Sin dar crédito a la fantástica visión, descubren que la cavidad se prolonga y contiene más osamentas.

A simple vista se observan los restos de 5 individuos. Dos están juntos, como si fuesen una pareja, en tanto que los demás ocupan distintas posiciones. Aunque ya no están en su lugar original debido a los procesos de sedimentación, es patente que fueron colocados según un orden establecido.

Hachas de piedra, restos de cinabrio, orejeras de hueso, y un pectoral, además de otros utensilios que constituyeron el ajuar mortuorio yacen semienterrados en el barro e incrustados en la calcita solidificada.

En un extremo y al pie de una estalagmita se distingue una ofrenda consistente de un cuchillo de pedernal, un punzón, agujas de hueso, un pequeño recipiente de cerámica, placas de caparazón de tortuga y otros adminículos que permanece tal y como fue dejada en una época pretérita.

¿Acaso es ésta la cámara sepulcral de un gran señor, al que un sequito de esclavos, servidores y dignatarios acompaño en su viaje al más allá? Si así es, ¿Quién fue este personaje, cual su historia y la de su pueblo?

Tenemos conocimiento que en tiempos remotos la sierra de Poaná, de Tapijulapa y la sierra Nava, fueron habitadas por pueblos de origen zoque, maya y chol, quienes visitaron las cuevas por motivos religiosos y dejaron en su interior una gran cantidad de material cerámico, sin embargo, desconocemos en donde estuvieron sus núcleos de población, cual fue su organización social, como vivieron y muchos otros aspectos que solo serán develados a través de la investigación arqueológica.

Lo descubierto en la gruta de San Felipe nos hace suponer que es un entierro prehispanico con al menos 1000 años de antigüedad, que ofrece a los arqueólogos la oportunidad única de conocer mejor las antiguas culturas del sureste mexicano y profundizar en la historia humana de Tabasco.

Para Don Felino, quien se atrevió a desafiar la autoridad de los Mayordomos que estaban en desacuerdo con el permiso, este hallazgo representa no solo la posibilidad de contar con un museo de sitio donde se exhiban los tesoros y una

carretera nueva, también significa la oportunidad de recuperar para su pueblo la historia de un pasado lleno de gloria y esplendor.

### Proyecto de investigación de la Gruta de San Felipe, en Puxcatán, Tacotalpa, Tabasco.

A partir del reporte del hallazgo y una visita de inspección practicada del 18 al 20 de marzo de 2005, el Instituto Nacional de Antropología e Historia - Centro Tabasco, organizó una expedición de investigación en diciembre de 2007 cuyo objetivo primordial fue el estudio integral de la cavidad y la relación de los distintos depósitos de materiales arqueológicos para tratar de entender cuál fue la función de la caverna en tiempos prehispánicos y determinar la población que está allí representada en los materiales óseos.

Para el arqueólogo Luis Alberto Martos López, Director de Estudios Arqueológicos y coordinador del proyecto, la hipótesis central de esta investigación considero que la cueva fue conceptualizada y aprendida bajo un complejo sistema de significación y representación para el desarrollo de rituales y ceremonias y que este sistema es el que explica la presencia de la alta concentración de materiales óseos dentro de la cueva.

“Debido a sus atributos naturales de frío y oscuridad, así como la presencia de un río que emerge de la montaña, la caverna debió asociarse a conceptos de vida, muerte y renacimiento, por lo que pudo ser utilizada como un espacio sagrado relacionado con el momento mítico de la creación – explica Martos – La presencia de material óseo en asociación a objetos y ornamentos especiales la caracteriza como un recinto especial para el depósito de los restos de señores de rango. Por lo tanto, el hecho de devolver los restos óseos a un ambiente semejante al que prevaleció durante la creación, es devolverlos a ese tiempo mítico y por ende, garantizar la vida de tales personas”

Comprobar estas hipótesis planteó un reto formidable para los especialistas del INAH, no solo por el escabroso tránsito por el interior de la caverna, sino por su complejidad y magnitud, en una labor que tomó 15 días de intenso trabajo para elaborar un registro minucioso y detallado de las distintas concentraciones de materiales arqueológicos, realizar estudios in-situ de los materiales óseos, recolectar muestras de materiales, tanto para el desarrollo de análisis de laboratorio, como para estudio tipológico, y llevar a cabo un trabajo de prospección subacuática en la cámara del río subterráneo, para la búsqueda, localización y estudio de materiales arqueológicos sumergidos, entre otras actividades.

Corresponde al arqueólogo Luis Alberto Martos López, Director de la Expedición, revelar los misterios de San Felipe y arrojar más luz sobre un periodo fascinante y desconocido de nuestra historia.



